

Futuros posibles: algunas notas para pensar la enseñanza y la universidad

Melina Fernández

Los hechos históricos que vivimos en carne propia suelen reconocerse fácilmente frente a la pregunta “¿qué estabas haciendo cuando sucedió...?”. Así, muchos recordamos dónde y con quién estábamos frente al estallido de las Torres Gemelas de diciembre de 2001 o cuando un atentado terrorista hizo explotar el edificio de la Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA). Lo que nos conmueve deja una huella profunda en nuestra memoria.

Si hacemos el ejercicio de recordar el 20 de marzo de 2020, muy probablemente no sea necesario decir que fue el día en que se anunció el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO) en nuestro país. Quienes lean estas páginas –y quien las escribe– recordarán los pensamientos que se agolpaban por entonces, los miedos, la incertidumbre y la perplejidad que sentimos frente a una pandemia.

Este relato, que sucede en el plano personal, también se juega en la memoria colectiva e institucional: ¿qué hacer, como universidad, frente a una pandemia? ¿Cómo seguir enseñando con los edificios vacíos, en medio del dolor? ¿Qué cosas tenían sentido frente a un presente tan desconcertante?

Lo cierto es que, aunque no sabíamos cómo, no hubo dudas acerca del sentido de lo que debía hacerse: la educación es esencial y lo que teníamos que hacer era seguir trabajando para garantizar este derecho. Esta convicción, marca de origen de la Universidad Nacional de Hurlingham (UNAHUR), es el norte (o el sur) de lo que hacemos.

Una semana después de lo previsto en el calendario académico, los docentes de la institución estábamos iniciando las clases en el campus virtual y compartiendo encuentros virtuales de formación docente (y, sobre todo, creando un espacio donde seguir acompañándonos) para poder enseñar en la virtualidad. En jornadas en las que el tiempo se desdibujaba y tratábamos de comprender las condiciones en las que vivían nuestros y nuestras estudiantes, continuamos enseñando. Descubrimos, en aquellos aciagos días, otros modos de ser y hacer universidad.

Recordar esta escena, lejos de ser un acto nostálgico, busca poner en foco que la pandemia representa un punto de inflexión a la hora de pensar no solo la enseñanza, sino la universidad en su conjunto. Pensar el presente y el porvenir implica, necesariamente, reconocernos en sus efectos, en la profundidad de las transformaciones que se desplegaron tras esta experiencia.

El presente artículo se propone contribuir a indagar en los modos de ser universidad tras la pandemia y, fundamentalmente, en los desafíos que implica hacer realidad nuestro anhelo de una universidad que da a todos y a todas lo mejor, al mismo tiempo que nos preguntamos y tejemos respuestas dinámicas y tentativas sobre qué es lo mejor y qué es lo necesario, en un contexto en permanente transformación. Para llevar a cabo esta tarea, propongo un recorrido por tres *territorios*.

El primero es un recorrido por *lo fantasmal*: hablar de virtualidad implica incursionar en un terreno cargado de representaciones y temores que tienen profundos efectos en nuestros modos de pensar y actuar. Desde distintos sectores y por múltiples causas, la virtualidad siempre ha estado bajo sospecha: su permanente comparación con la presencialidad, su asociación con un proyecto político y cultural de corte neoliberal, su halo de esnobismo e identificación con una elite, en fin, son algunas de las múltiples sospechas que reverberan aquí. Como en el psicoanálisis, el fantasma no es lo que se opone a la realidad, sino que es parte del modo en que la aprehendemos. De ahí la necesidad de incursionar en este territorio.

El segundo territorio que propongo visitar es el de *las cristalizaciones*. Observo cierto peligro latente a la hora de hacer balances sobre lo ocurrido durante estos dos años de pandemia y de enseñanza en la virtualidad: el riesgo de creer que lo que hicimos es lo mejor que la virtualidad puede ofrecernos.

Cierto es que aprendimos mucho y ampliamos el registro de lo pensable a la hora de generar una propuesta de enseñanza. Incorporamos la dimensión de lo asincrónico, exploramos las posibilidades que da el acceso a recursos y materiales a la hora de enseñar; todo esto, lejos de perderlo, lo incorporamos a nuestra mochila docente. No obstante, lo que hicimos –que fue y es muy significativo– no agota las posibilidades de las mediaciones tecnológicas en la educación. Queda un largo camino por recorrer. Es tan riesgoso pensar que porque pudimos salir adelante en la pandemia conocemos todas las posibilidades de la virtualidad, como creer que, ahora que podemos volver a las aulas, la virtualidad no es un territorio para seguir explorando y habitando.

La propuesta es no dejar caer la experiencia de la pandemia en las tentadoras garras del binarismo, tan omnipresente en nuestras formas de construir los análisis.

El recorrido finaliza en el territorio de *los futuros deseables y posibles*. En términos de “Bifo” Berardi, la perspectiva de la futurabilidad pone de relieve “la multiplicidad de futuros posibles inscritos en la actual conformación social”.¹ Deseamos explorar aquí las condiciones necesarias para hacer realidad ese principio rector de nuestros mejores anhelos como comunidad universitaria: trabajar para ser los y las mejores docentes, para que nuestras y nuestros estudiantes puedan recibir la mejor educación.

Lo fantasmal

Los primeros meses de la pandemia nos pusieron de cara a una serie de debates sobre la educación virtual que aún hoy continúan sin saldarse. Entre los discursos que aparecen con más fuerza podemos mencionar el que vincula a la virtualidad con un proyecto político y cultural neoliberal y elitista.

Ciertos hechos y momentos conducen a tal asociación: la proliferación de cursos, formaciones y carreras universitarias a distancia arancelados que colmaron la escena educativa a principios de este siglo está inscrita en este fantasma. Esas iniciativas, en muchos casos, se acercaron más a un modelo de negocios rentable que a un modelo educativo. Por otra parte, el discurso neoliberal hizo propios algunos

1 Berardi, Franco, *Futurabilidad: la era de la impotencia y el horizonte de posibilidad*, Buenos Aires, Caja Negra, 2019.

significantes que son complejos y necesarios, como la innovación y la tecnología, y los vacíos de sentido.

Creemos necesario sumar a este debate argumentos que recuperen otras huellas de origen de la educación mediada por tecnologías. Las propuestas de educación a distancia tuvieron y tienen una impronta democratizadora en relación con el acceso a la educación. Históricamente, permitieron llegar a poblaciones geográficamente alejadas de los centros urbanos en los que se concentra la formación. Permiten, también, que las personas que trabajan, crían hijos e hijas y no tienen el tiempo para cursar físicamente puedan hacerlo en la virtualidad, aprovechando las posibilidades que da la combinación de sincronía y asincronía en este tipo de propuestas.

En esta misma línea, la pandemia puso sobre la mesa las desigualdades –económicas, geográficas, culturales– en términos de acceso a dispositivos y a una conexión de calidad. Con mucho dolor, vimos cómo las chicas y los chicos de sectores medio-altos que asistían a escuelas de gestión privada contaban con condiciones favorecedoras para continuar estudiando, mientras que los chicos y las chicas de sectores vulnerados contaban con acceso intermitente a una conexión a internet y compartían entre varias personas un dispositivo al que podían acceder en contados momentos del día. Estas profundas desigualdades evidenciaron que hoy el acceso a un dispositivo y a una conexión de calidad son una necesidad y, por lo tanto, un derecho irrenunciable para que podamos hablar de justicia educativa. El regreso de Conectar Igualdad marca el rumbo en este sentido.

Pensar que podemos volver a la educación presencial y abandonar la virtualidad implicaría pensar una educación para las elites, en la que estas acceden a un mundo expan-

dido, mientras que los sectores vulnerados solo acceden al territorio presencial. Las posibilidades –y riesgos, no hay que negarlo– del territorio virtual son enormes y, por eso, es necesario trabajar para que todos y todas puedan acceder a las mejores propuestas educativas, que amalgamen lo mejor de la presencialidad y la virtualidad. No se trata de restringir posibilidades, sino, muy por el contrario, de expandirlas para incluir y enseñar.

El territorio de las cristalizaciones

La experiencia pandémica significó, para muchos y muchas docentes, una inmersión intensiva y urgente en el mundo virtual. Múltiples y variadas propuestas de formación fueron parte del paisaje de esos primeros meses de encierro. Proliferaron los tutoriales y los grupos de WhatsApp con consultas sobre “cómo se hace para”. En pocos meses, nuestro vocabulario incorporó palabras hasta entonces desconocidas. Más allá del aprendizaje de herramientas y la exploración de recursos –o a partir de ellos–, surgieron reflexiones y preguntas muy valiosas acerca de la enseñanza y sus sentidos. En muchos casos, la virtualidad nos permitió desnaturalizar lo que sucedía en las aulas presenciales y encontramos en la hibridación potencialidades que nos permiten pensar por fuera del binarismo presencial-virtual.

Pero existe el riesgo de creer que lo que aprendimos es suficiente para enfrentar el escenario presente. Sabemos que uno de los rasgos centrales del oficio de enseñar es la necesidad permanente de repensar nuestras prácticas, porque el contexto es dinámico y exige poder reinventarlas. La bella frase del poeta portugués Fernando Pessoa, “vivir

es ser otro”, echa luz sobre la necesidad de pensar cómo podemos enseñar hoy y ahora.

Hasta aquí nos centramos en la enseñanza, pero esta reflexión puede ser ampliada a la universidad en su conjunto. Las dimensiones espacio-temporales fueron reconfiguradas en todos los planos: la gestión institucional, los modos de enseñar, los dispositivos de acompañamiento y orientación de estudiantes, las prácticas de estudio de las y los estudiantes, la organización de las estructuras de funcionamiento universitario, los marcos legales para permitir estas adaptaciones, la infraestructura tecnológica requerida. En síntesis, la universidad, como tecnología social y de la organización, tuvo que ser reinventada.

Inicialmente, esa reinención se dio con el propósito de garantizar la continuidad pedagógica y, con el paso de los meses, como forma de dar respuestas a las demandas sociales que surgieron en el contexto pandémico. De esta manera, asistimos al despliegue de una gran cantidad de acciones que cambiaron la fisonomía de la Universidad. En el caso de UNAHUR, los laboratorios de docencia e investigación, cerrados debido al ASPO, se transformaron en laboratorios que realizaban pruebas de PCR para detectar COVID-19; se creó el centro de rehabilitación respiratoria para pacientes contagiados; se fabricó el medidor de dióxido de carbono y se llevó adelante el Programa Aula Abierta, que dotó de aulas virtuales a todas las escuelas de Hurlingham de nivel inicial, primario y secundario.

La Universidad se puso al servicio de las demandas sociales, que exigieron que sus actores realizaran aprendizajes y generaran conocimientos en tiempo presente: una respuesta histórica frente a una situación también histórica y sumamente desconcertante.

La profundidad de estas transformaciones implica seguir repensando la universidad: del mismo modo que no podemos seguir enseñando como lo hacíamos antes, resulta impensable volver a los modos de hacer prepandémicos.

Los futuros deseables

Vivir es ser otro. Y sentir no es posible si hoy se siente como ayer se sintió: sentir hoy lo mismo que ayer no es sentir –es recordar hoy lo que ayer se sintió, ser hoy el cadáver vivo de lo que ayer fue vida perdida.

Borrar todo del cuadro de un día para el otro, ser nuevo con cada madrugada, en una revirginidad perpetua de la emoción –esto, y solo esto, vale la pena ser o poseer, para ser o poseer lo que imperfectamente somos.

Fernando Pessoa, *Libro del desasosiego*

Retomemos la idea de *futurabilidad*. Al plantearla, Franco Berardi sostiene que “el futuro no está prescripto, y la sucesión del ahora y el mañana no es monolítica ni está predefinida”. En el presente se inscriben muchos futuros posibles: nos proponemos en estas líneas finales trazar algunas pinceladas sobre los futuros deseables.

Esos futuros se construyen a partir de una comprensión: nuestro oficio, el de enseñar, implica aceptar la reinención de nuestras prácticas como una condición permanente. Pensar hoy la enseñanza conlleva pensar en la hibridación de tiempos y espacios, asumir el desafío de integrar las posibilidades de la virtualidad y la potencia de la presencialidad.

Estas combinaciones nos permitirán generar propuestas pedagógicas que contemplen la diversidad de realidades de nuestros y nuestras estudiantes: propuestas flexibles, en las que podamos construir, por ejemplo, otras formas de agrupación del estudiantado, con mayores niveles de autonomía sobre la cursada y la posibilidad de realizar diversos recorridos a partir de combinaciones de presencialidad y virtualidad. Creemos que el desarrollo de este tipo de propuestas contribuirá al sostenimiento de las trayectorias, uno de los mayores desafíos en términos de inclusión que tenemos en las universidades.

Imaginamos una enseñanza que se traza en tiempo presente, que se hace con otros y otras, porque la relevancia de lo que hacemos así lo requiere. Una enseñanza que se teje entre preguntas y búsquedas, que no aplica fórmulas ni recetas y recoge la experiencia y los aprendizajes como punto de partida para su reinención.

